

— Somos nosotros, respondió Trouvridge, quienes estamos á las de V. E.

El cardenal bajó con paso rápido la escalera, corrió á la playa y entró en el bote, seguido de los ingleses; y veloz como una ave marina, la ligera embarcación cortó la superficie de las olas.

CAPÍTULO IV

La Némesis lesbiana

Ruffo vestía su púrpura cardenalicia, y Nelsón, que desde el castillo de popa del *Foudroyant* le vió llegar, mandó hacer en honor suyo una salva de cien cañonazos, y le esperó en el primer escalón de la escala de honor.

Saludáronse, pero no se dijeron palabra.

Nelsón no hablaba italiano ni francés, y aunque el cardenal comprendía el inglés, no le hablaba.

En la cámara encontraron al embajador inglés y á su mujer.

He aquí lo que había ocurrido:

El capitán Foote, mandado por el cardenal á Palermo con la capitulación, encontró la escuadra inglesa en el camino, y por él supo Nelsón el tratado de Ruffo y los republicanos, cuando justamente Sus Majestades Sicilianas lo mandaban á Nápoles con órdenes para Ruffo, en que le pro-

hibían tratase con los republicanos bajo ningún pretexto. Nelsón mandó á Foote que continuase su viaje y volviese con nuevas órdenes de Sus Majestades, ofreciendo esperarle á la capa.

Aquella noche llegó Foote á Palermo, y no encontrando á la reina, que estaba de paseo, se abocó con el rey, quien le dijo al verle :

— ¡Hola, capitán! ¿traéis buenas noticias de Nápoles?

— Excelentes, señor; la guerra ha concluído, Nápoles ha capitulado, y en dos días no quedará un republicano en la capital ni un francés en todo el reino.

— Vamos, explicadme eso mejor, replicó Fernando. Lo de que no quedará un francés en el reino me agrada. Cuanto más lejos estemos de esos animales rabiosos, tanto mejor. ¿Y qué harán con los patriotas en Nápoles? ¿Los echarán al fondo del mar?

— Poco menos, pues los mandarán á Tolón.

— ¿Á Tolón? Poco me importa dónde, con tal que me desembaracen de ellos. Os advierto, sin embargo, que la reina no quedará contenta. ¿Y cómo es que van camino de Tolón, en lugar de quedar encerrados en las prisiones de Nápoles?

— Porque el cardenal ha capitulado con ellos.

— ¿Qué significa eso de capitular cuando yo escribí al cardenal que no tratase con esos perros? ¿Cuáles son las condiciones de la capitulación?

— He aquí, señor, copia certificada del tratado.

— Dadla vos mismo á la reina, no seré yo quien se encargue. El primero á quien ella eche la vista encima después de leer la capitulación, pasará un cuarto de hora nada agradable.

— El cardenal nos enseñó sus plenos poderes como vicario general de V. M., y por eso firmamos el tratado.

— ¿También le habéis firmado vos?

— Sí, señor, en nombre de la Gran Bretaña: Monsieur Baillie en el de Rusia y Achmet Bey en el de Turquía.

— ¿Y no habéis excluído á nadie de la capitulación?

— Á nadie.

— ¡Diablo! ¡diablo! ¿Ni siquiera á Caracciolo y á la San Felice?

— No, señor.

— Querido capitán, voy á mandar enganchar y me voy á Ficuzza y vos saldréis del aprieto como podáis. ¡Quién vió jamás una amnistía general después de rebelión semejante! ¿Qué dirán mis lazzaronis si no les ahorco al menos una docena de re-

publicanos para divertirlos? ¡ Dirán que soy un ingrato!

— Y ¿quién podrá impedir que los ahorquen? preguntó la imperiosa voz de Carolina, que llegó á tiempo de oír las palabras del rey.

— Nuestros señores aliados, señora, que han tratado con los rebeldes perdonándoles la vida.

— ¿Y quién se ha atrevido á tanto? preguntó la reina, castañeteando los dientes de rabia.

— El cardenal, señora, respondió Foote con firmeza, y nosotros con él.

— ¡El cardenal!... dijo la reina mirando á su marido al soslayo, como si quisiera decirle: « Mira cómo se porta tu protegido! »

— Y Su Eminencia, continuó el capitán, suplica á Vuestra Majestad se haga cargo de su capitulación.

Y presentó el pliego á la reina.

— Está bien, señor, dijo ésta, y os damos gracias por la pena que os habéis tomado.

Y le volvió la espalda.

— Perdón, señora, dijo el capitán con mucha calma; aun no he cumplido más que con la mitad de mi comisión.

— Conclud la última mitad lo más pronto posible; respondió la reina.

— Encontré al almirante Nelson á la altura de

las islas Lipari, le dije el contenido de la capitulación y me mandó le transmitiera inmediatamente las órdenes que Vuestra Majestad tuviera á bien comunicarme.

— ¿Habéis encontrado al almirante? exclamó la reina, y ¿espera mis órdenes? Aun no se ha perdido todo, venid conmigo.

Paseó la mirada en torno suyo buscando al rey, pero Fernando había desaparecido.

— No importa, dijo la reina; á nadie necesito para concluir mi obra.

Y volviéndose al capitán, añadió:

— Dentro de una hora os responderemos.

Un instante después oyóse la campanilla de la cámara de la reina, y la marquesa de San Clemente, que estaba de servicio, acudió al momento.

— Os traigo una buena noticia, querida marquesa, dijo la reina. Vuestro amigo Nicolino no será ahorcado.

Era la primera vez que la reina hablaba de sus amores á la marquesa. Ésta recibió el golpe, que le costó una sofocación; pero no era mujer para dejar sin respuesta á Carolina, y dijo:

— Me alegro por él, primero, y después por V. M. Un Caracciolo ahorcado imprime sobre un reinado una mancha terrible.

— No, cuando abofetean á los reyes; porque entonces descienden al rango de los ganapanes, y menos cuando conspiran convirtiéndose en traidores.

— Presumo, respondió la marquesa, que V. M. no me habrá hecho el honor de llamarme para entablar conmigo una cuestión histórica.

— No, dijo la reina: os he llamado para deciros que si queréis llevar vos misma nuestros parabienes á vuestro amante, nada os detiene aquí...

La San Clemente se inclinó en señal de adhesión.

— Y además, continuó la reina, os he llamado para que digáis á lady Hamilton, que la espero aquí al instante.

La marquesa salió, y la reina oyó que transmitía á su lacayo la orden de llamar á Lyonna. Abrió la puerta llena de cólera, y exclamó:

— ¿Por qué transmitís á otro la orden?

— Porque no estando ya al servicio de V. M., no tengo órdenes que recibir de nadie, incluso de la reina.

Y desapareció en el corredor.

— ¡Insolente! ¡Ah! si no me vengo moriré de rabia.

Lyonna llegó y encontró á la reina revolcándose en el sofá y mordiendo los almohadones.

— ¡Ay, Dios mío! exclamó Lyonna; ¿qué sucede á Vuestra Majestad?

— ¿Qué sucede? dijo la reina, corriendo hacia Emma como una pantera. Sucede que si no me ayudas, la monarquía quedará para siempre deshonrada, y no me quedará más remedio que volver á Viena para vivir como simple archiduquesa.

— ¡Dios mío, qué decís, y yo que llegaba tan contenta creyendo que habían tomado á Nápoles, y dispuesta á escribir á Londres pidiendo los trajes y galas más de moda, para las fiestas con que contaba se celebraría la victoria!

— ¡Fiestas! En tal caso serían de vergüenza. Para fiestas estamos. ¡Miserable cardenal!

— ¿Qué os ha hecho ese pobre viejo, señora?

— ¡Falso sacerdote! ¡Cuando sepas lo que ha hecho!

— Nada puede hacer que os dé el derecho de destruir vuestra amada hermosura. ¿Qué significan esas manchas rojas, huellas de vuestros dientes en vuestros brazos bellos? ¡Dejadme que las borre con mis labios! ¿Y esas lágrimas que queman vuestros lindos ojos? ¡Dejadme que las seque con mi aliento; dejadme que recoja con mis besos la sangre que hacéis brotar de vuestros labios. Sois una pícaro reina que á todas perdonáis menos á vos misma.

29969

Y hablando de esta manera, Lyonna paseaba su boca de los brazos á los ojos de Carolina, y de éstos á los labios.

El seno de la reina se agitó como si á la cólera se mezclara un sentimiento más dulce, aunque no menos violento.

Echóle los brazos al cuello y cayó con ella en el sofá.

— ¡Oh! sí, ¡tú sola me amas! dijo devolviéndole sus caricias con una especie de furor.

— Y os amo por todos, respondió Emma, medio ahogada por los abrazos de la reina.

— Si verdaderamente me amas, ha llegado el momento de probarlo.

— Dad vuestras órdenes, querida reina, y seréis obedecida.

— ¿Sabes lo que pasa?

— Sé que os han traído la capitulación de los rebeldes.

— ¡Mírala! dijo la reina señalándole los pedazos de papel esparcido por el suelo. ¡Ah! tratar con esos miserables, garantizarles la vida, dándoles buques que los conduzcan á Tolón. Como si la expatriación fuese castigo suficiente para su crimen. ¡Y esto cuando escribí que no perdonasen á nadie!

— ¿Ni siquiera al buen mozo de Rocca-Romana? preguntó Emma sonriendo.

— Él ha redimido su falta viniendo á nosotros. Pero no se trata de eso, continuó la reina estrechando á su amiga contra su pecho; escucha, una esperanza me queda, y sólo en ti la fundo.

— ¡Hermosa reina! dijo Emma apartando los rizos de la frente de Carolina y dándole un beso. Si todo depende de mí, nada hay perdido.

— De ti y de Nelsón, dijo la reina.

Emma Lyonna sonrió como si quisiera decir, es como si dependiera de mí sola.

— Nelsón, continuó la reina, no ha firmado el tratado y debe negarse á ratificarlo diciendo que el capitán Foote no tenía poderes suficientes. Es preciso, encantadora mía, que obtenga eso de Nelsón, y que haga de la capitulación lo que yo: que la rompa.

— Y ¿dónde está Nelsón?

— Cruza á la altura de las islas Lipari, y tú se las llevarás. ¿Crees que se alegrará de verte? ¿Crees que saliendo de tus labios no serán para él lo mismo que preceptos obligatorios?

Y ¿dónde están las órdenes de V. M.?

— Ni capitulación ni gracia á un Caracciolo que nos ha insultado. ¿Debemos consentirle que se vaya

sano y salvo á ponerse al servicio de Francia, y acaso volver con los franceses á invadir nuestro territorio? ¿No quieres tú, como yo, que muera, di?

— Yo quiero todo lo que mi reina quiere.

— Pues bien; tu reina, que conoce tu buen corazón, quiere que le jures que no te dejarás enternecer por ninguna súplica. Júrame que aunque veas á tus pies las madres, hijas y hermanas de los condenados pidiéndote con lágrimas en los ojos la vida de los suyos, responderás lo que haría yo. No... no... no...

— Os juro, querida reina, que seré tan implacable como vos misma.

— ¡Ah! querida Lyonna de mi corazón! Á ti deberé la dignidad, que será el más bello diamante de mi corona; porque te juro que si no se anula esa vergonzosa capitulación no volveré á entrar en Nápoles.

— Todo está ya arreglado, dijo Emma riendo, menos una cosilla muy insignificante. Me importa poco mi marido, pero sin embargo no puedo irme sola por esos mares á reunirme con Nelsón sin que él venga conmigo.

— Yo me encargo de eso, dijo la reina, le daré una carta para Nelsón.

— Y á mí ¿qué me daréis?

— Este beso, lo primero, dijo la reina uniendo apasionadamente sus labios á los de Emma, y después cuanto quieras.

— Está bien, dijo Emma levantándose; á la vuelta ajustaremos cuentas.

Y haciendo una ceremoniosa reverencia á la reina, añadió:

— Cuando V. M. lo mande, vuestra humilde servidora estará pronta.

— No hay que perder momento.

— ¿Volveré á veros?

— No me separaré de ti hasta que te embarques.

Sir Hamiltón se encargó sin dificultad de llevar á Nelsón la negativa de la reina; pero las órdenes verdaderas las había recibido Emma entre dos besos y debía transmitírselas de la misma manera.

Y he aquí explicado el por qué del encuentro del cardenal con el embajador inglés y su mujer en la cámara del almirante Nelsón.

Al entrar en el gabinete del almirante, el cardenal abarcó de una sola mirada todas las personas que estaban en él.

Sir Hamiltón, sentado á una mesa, tenía esparcidos sobre ella los pedazos del tratado que había desgarrado la colérica Carolina.

Emma Lyonna, recostada sobre un canapé, se distraía abanicándose.

Tal fué el cuadro que se ofreció á la vista del cardenal.

Si hubiera comprendido Ruffo el inglés, se hubiera hecho cargo al pasar el puente, de los piropos que le dirigía la tripulación, y que no creemos haya existido manola con deseos de oírlos.

Viendo entrar al cardenal seguido de Nelsón, sir Hamiltón se levantó; pero Emma se contentó con saludarlo ligeramente con la cabeza.

Ruffo saludó á los esposos, y dirigiéndose al embajador inglés, le dijo :

— Grande es mi alegría, sir William, al encontraros aquí, no solamente porque serviréis de intérprete, según espero, entre milord Nelsón y yo, sino por la carta que me habéis hecho el honor de dirigirme adhiriéndoos al tratado en vuestro nombre y en el del gobierno de quien sois representante.

— Si Vuestra Eminencia quiere hacerme el honor de decirme la contestación que piensa dar á esa carta, os prometo que haré todo lo posible por traducírsela á milord lo mejor que pueda.

— Tengo que responder, que si milord hubiera llegado antes á Nápoles, y presenciado los aconte-

cimientos, no dudo que hubiera firmado conmigo la capitulación.

El embajador tradujo esta respuesta á Nelsón, que sacudió la cabeza negativamente.

Esto no había necesidad de traducirlo; el cardenal comprendió muy bien.

— Persisto en creer, continuó Ruffo, que milord Nelsón, ó no sabe nada ó está mal aconsejado, en cuyo caso me creo en el deber de informarle.

— Hacedlo si os place.

— Lo haré, dijo el cardenal sonriendo.

Entonces el cardenal refirió los acontecimientos diciendo, que la capitulación, que se había concluído de buena fe de una y otra parte, debía observarse religiosamente por ambas, so pena de faltar al derecho de gentes.

Así lo explicó sir Hamiltón á Nelsón; mas cuando le manifestó el temor que el cardenal tenía de ver la escuadra francesa en Nápoles, Nelsón interrumpió al intérprete, diciéndole :

— El cardenal sabe que estando yo presente no consentiría que la escuadra francesa se apoderase de Nápoles.

Adivinando el cardenal sus palabras, se apresuró á decir :

— Vuestra Gracia dejó ya pasar una vez los

franceses cuando tomaron á Malta, y lo mismo podría suceder ahora.

Nelsón se mordió los labios : Emma permaneció muda é inmóvil como una estatua de mármol, dejando caer su abanico de plumas, y el cardenal, echando sobre ella una mirada, creyó ver á través de su máscara impasible, el rostro irritado de la reina.

— Espero la respuesta de milord.

— La daré en su nombre, contestó sir William : *Los soberanos no tratan con sus súbditos rebeldes.*

— Posible es, repuso Ruffo, que los soberanos no traten con sus súbditos rebeldes; pero una vez que éstos han *tratado* con los soberanos, fuerza es que los soberanos respeten los tratados.

— Esta máxima, replicó el almirante, es del cardenal Ruffo, pero no de la reina Carolina; y si el cardenal lo duda, podéis enseñarle los pedazos del tratado rasgados por la reina, que lady Hamilton trajo á bordo del *Foudroyant*. No conozco las instrucciones que Su Eminencia ha recibido, como vicario general; pero en cuanto á mí toca, he aquí las que he recibido, como comandante de la escuadra : é indicó con el dedo al tratado hecho pedazos.

Lady Hamilton hizo una señal de aprobación que

convenció al cardenal de que representaba en la conferencia á su real amiga.

Y como viese que Nelsón daba la razón al embajador, y que entraba en lucha, no sólo con éste, eco de su mujer, sino con el almirante, árbitro de la muerte, se levantó y acercándose á la mesa á que estaba sentado el embajador, desplegó uno de los fragmentos del tratado, arrugado por las coléricas manos de Carolina, y que reconoció por contener su sello y su firma.

— ¿Qué respondéis á eso? preguntó el embajador con maligna sonrisa.

— Que si fuese rey, preferiría rasgar mi manto real antes que el tratado firmado en mi nombre por quien acabara de reconquistar mi reino.

Y soltó desdeñosamente el pedazo del papel que tenía en la mano.

— Espero, por último, repuso con impaciencia el embajador, que consideréis que el tratado está roto material y moralmente.

— Inmoralmente, debéis decir.

Viendo Nelsón que la discusión se prolongaba, y no pudiendo apreciar el sentido de las palabras sino por la fisonomía de los interlocutores, se levantó y dirigiéndose á sir William :

— Inútil es, dijo, discutir más tiempo. Si lucha-

mos con sofismas y argucias, el cardenal saldrá vencedor. Preguntad sencillamente, querido Hamilton, á Su Eminencia, si se obstina en sostener la capitulación.

Ruffo le había comprendido. Pero como la cuestión era grave se hizo repetir la pregunta, y respondió :

— Como los representantes de las potencias aliadas han intervenido en el tratado que Vuestra Señoría quiere romper, sólo puedo contestar en mi nombre, y ya he dado mi respuesta á los señores Trouvridge y Ball.

— ¿ Y la respuesta es?... preguntó sir William.

— He empeñado mi firma y con ella mi honor, y mientras pueda no consentiré que se mancille ni la una ni el otro. En cuanto á los dignos capitanes que han firmado conmigo les transmitiré las instrucciones de lord Nelsón y obrarán como les convenga. Sin embargo, como en tales materias una palabra mal expresada puede cambiar el sentido de la frase, rogaré á lord Nelsón que me dé por escrito su ultimátum.

— ¿ En qué lengua desea Su Eminencia que el ultimátum se escriba? preguntó Nelsón.

— En inglés, respondió Ruffo, y deseo que tan

importante documento esté escrito del puño y letra del almirante.

Nelsón hizo con la cabeza una señal que indicaba no tener el menor inconveniente en satisfacer los deseos del cardenal, y escribió con la mano izquierda las siguientes líneas :

« El gran almirante lord Nelsón llegó con la escuadra británica el 24 de Junio á la baía de Nápoles, y viendo que se había concluído con los rebeldes un tratado que, en su juicio, no puede ejecutarse sino después que le hayan rectificado SS. MM. Sicilianas, suspendió su ejecución.

» NELSÓN. »

El embajador recibió la declaración de las manos del almirante inglés, é iba á leérsela al cardenal; pero éste indicó que era inútil, la recibió á su turno de manos del embajador y saludando después de concluir su lectura :

— Milord, añadió, ahora tengo que pedir os un favor y es que me conduzcáis á tierra.

— Suba Vuestra Eminencia al puente, respondió el almirante, y los mismos hombres que le han traído tendrán el honor de volverlo á llevar.

Subió Ruffo, y Nelsón se quedó en pie en lo alto de la escalera de honor hasta que el cardenal estuvo en el bote, y se alejó después de saludarle con frialdad; pero los cañones no hicieron el saludo que el ceremonial exigía.

El almirante siguió con la vista algún tiempo al cardenal hasta que una mano delicada vino á apoyarse sobre sus hombros, y oyó que le mururaban al oído:

— ¡ Mi querido Horacio !

— ¡ Ah ! ¿ sois vos, milady ? dijo Nelsón sorprendido.

— Sí, ahí está el hombre que habéis mandado llamar.

— ¿ Qué hombre ?

— El capitán Scipión Lamarra.

— ¿ Dónde está ?

— Con sir William.

— ¿ Trae noticias de Caracciolo ?

— Probablemente; pero ha creído prudente ocultarse para no ser conocido por el cardenal, á quien sirve como oficial de ordenanza.

— Vamos á verle. Á propósito, ¿ estáis contenta de mí, milady ?

— Habéis estado admirable, y os adoro.

Y al oír esta respuesta, Nelsón se dirigió gozoso hacia el camarote donde le esperaban.

CAPÍTULO V

De como el cardenal hace lo posible por salvar á los patriotas, y los patriotas lo posible para perderse

Al entrar el cardenal en su casa del puente de la Magdalena llamó al ministro Micheroux, al comandante Baillie y al capitán Achmed y les refirió que el capitán Foote había encontrado en el camino al almirante, y como éste había traído á bordo del *Foudroyant* á sir William y Emma Lyonna, que traía por toda respuesta de la reina el tratado hecho pedazos.

Expúsoles su entrevista, preguntándoles si estaban dispuestos á protestar contra semejante acción hecha con un tratado en el cual habían ellos firmado en nombre de sus respectivos soberanos. Los tres representantes contestaron que estaban dispuestos á hacer respetar sus firmas.

Acto continuo, el cardenal llamó á su secretario

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 1625 MONTERREY, MEXICO

Sacchinelli, y en su nombre y en el de los tres signatarios redactó una protesta que firmaron todos cuatro.

La mañana del 25 de Junio se pasó en continuas idas y venidas del *Foudroyant* al cuartel general. Trouvridge y Ball de la parte de Nelsón, y Micheroux de la del cardenal, fueron los embajadores inútiles, porque Nelsón y Hamilton, fieles á los caprichos de la reina, no querían aceptar ninguna proposición, mostrándose decididos á romper las hostilidades, en tanto que Ruffo se obstinaba en hacer respetar la capitulación.

Por fin, viendo el cardenal la imposibilidad de una avenencia y no queriendo confundirse con los violadores del tratado, resolvió escribir al general Massa, comandante del Castillo Nuevo, una carta de su puño y letra, concebida en estos términos:

« General, viendo que los representantes de las potencias aliadas tienen por sagrado é inviolable el tratado firmado entre nosotros para la entrega de los fuertes, y que el contra-almirante Nelsón, comandante de la escuadra inglesa, se niega á reconocerlo, están en el caso los patriotas de los fuertes de hacer valer en su favor el artículo 5, y, como han hecho los patriotas de San Martino que

han partido por tierra, elegir este medio de salvación, encargándome yo de hacer respetar su salida y en prueba de mi buena voluntad, les advierto que los ingleses que dominan el golfo no poseen aún ningún puesto ni tropas que puedan impedir á las guarniciones de los fuertes retirarse por tierra.

» F., cardenal RUFFO. »

El cardenal creía con esto salvar á los republicanos; pero éstos, dudando de su buena fe, creyeron que su proposición encerraba alguna emboscada; así es que después de una deliberación en la cual Salvato insistió en vano en que se admitiera la proposición de Ruffo, acordaron por una inmensa mayoría no aceptar las proposiciones, y en nombre de los patriotas, el general Massa escribió lo siguiente:

« LIBERTAD, IGUALDAD :

» El general Massa, comandante del Castillo Nuevo.

» 25 de Junio de 1799.

» Cardenal: Hemos dado á vuestra comunicación la interpretación que se merece. Firmes en nuestro

deber, observaremos religiosamente los artículos del tratado concluído, esperando que por parte de nuestros enemigos se respetarán también; advirtiéndolos que si nos viene algún mal ni nos sorprenderá ni nos intimidará. Si se trata de sorprendernos alevosamente, estamos prontos á responder con las hostilidades que voluntariamente hemos suspendido.

«Nuestra capitulación fué dictada por el comandante del castillo de San Telmo, y pedimos una escolta para acompañar á un mensajero que enviaremos á conferenciar con el comandante francés, y visto el resultado de su entrevista, os podremos dar una respuesta más categórica.

» MASSA. »

El cardenal, desesperado al ver la mala interpretación que habían dado á sus instrucciones, envió la escolta pedida, al mando de Cesare, encargando á éste que afirmara por su honor sus buenas intenciones y que se perderían si no las aceptaban.

Salvato fué el elegido para ir á consultar con Mejean sobre lo que se habría de hacer en vista de tan graves circunstancias. Era la tercera vez que se encontraba con el comandante del castillo.

Mejean, en todas las conferencias que tuvieron

lugar para acordar las condiciones del tratado, manifestó haber dado al olvido el desprecio que habían hecho los patriotas de sus proposiciones cuando trató de venderseles. Él fué quien más tiempo ocupó en examinar los capítulos, á fin de que fueran más favorables á los patriotas, tanto que éstos creyeron de buena fe en la lealtad del coronel francés, quedando satisfechos del tratado.

Por esto no vacilaron en mandarle un emisario para pedirle consejo.

Al saber Mejean la llegada de Salvato, hizo salir á todos los que estaban en su compañía, haciéndole entrar y recibéndole con muestras de mucha deferencia.

Salvato le expuso en breves palabras todo lo que había pasado, dándole á leer la carta del cardenal.

El coronel la tomó, y después de haberla leído dos veces, escribió bajo la firma de Ruffo:

Tímao danaos et dona ferentes.

Salvato leyó las cinco palabras escritas por el coronel Mejean.

— Coronel, le dijo, soy de una opinión en toda contraria á la vuestra, tanto, que sólo con Domingo Cirillo, he apoyado la proposición de tomar vuestros

quinientos hombres á nuestro servicio, pagándoles á doscientos ducados cada uno.

— Á ciento, general, pues que me comprometía á traer otros quinientos franceses de Capua, que no os hubiesen sido inútiles.

— Antes al contrario, y la prueba es que ofrecí cien mil ducados de mi propia fortuna para pagarlos.

— ¿ Sois acaso millonario, mi querido general ?

— Sí, pero desgraciadamente mi hacienda consiste en tierras; así que, será preciso, de grado ó por fuerza, buscar prestado, esperando pagar después de concluída la guerra.

— ¿ Por qué? dijo radiante de gozo Mejean. ¿ Roma no puso en venta y vendió por un tercio más de su valor el campo en que acampaba Aníbal?

— ¿ Olvidáis que somos napolitanos del tiempo de Fernando y no romanos del de Fabio ?

— ¿ Así es que vos sois dueño y señor de vuestras posesiones y de vuestras tropas ?

— Justamente; pero tratemos de otra cosa, ¿ cuántos pediríais por persona, que no fiándose de Nelson viniera á pedirnos hospitalidad, y que garantizaríais sobre vuestro honor?

— Cuatro mil ducados, ¿ os parece mucho general ?

— ¿ Ocho mil ducados por dos?

— Sois libre de regatear si os parece caro.

— No, las dos personas para las cuales arreglo este negocio... porque este es un negocio, ¿ es verdad?

— Sí, como decimos los contables; porque yo soy un excelente contable, general.

— Ya me he apercebido de ello, coronel, dijo riendo Salvato.

— Así es que lo que hacemos, es una especie de contrato sinalagmático por el cual el que lo ejecuta obliga al otro, pero si éste falta á la ejecución rompe el contrato.

— Entendido.

— ¿ No lo encontráis caro ?

— No, atendiendo que las dos personas de que os hablo pueden comprar su vida á ese precio.

— Pues bien, querido general, cuando vuestras dos personas quieran venir, serán bien recibidas.

— Y una vez aquí, sólo os pedirán veinte y cuatro horas para realizar los fondos.

— Y yo les daré cuarenta y ocho. Ya veis que soy buen jugador.

— Es negocio concluído, coronel.

— Hasta más ver, general.

Salvato, seguido de su escolta, bajó hacia el Castillo Nuevo y enseñó el *Timao danaos* á Massa y al

Consejo reunido para resolver tan importante asunto. Y como Mejean opinaba como la mayoría, no hubo discusión. Salvato solicitó acompañar á de Cesare para llevar la respuesta á Ruffo, á fin de que éste juzgase por sus propios ojos la situación. Otorgósele la demanda, y los dos jóvenes, que de haberse encontrado, quince días antes, en el campo de batalla se habrían batido encarnizadamente, salieron juntos, como dos amigos.

CAPÍTULO VI

De cómo Ruffo cumple su deber como hombre honrado, y sir Hamiltón el suyo como diplomático

Al cabo de veinte minutos llegaron los dos jóvenes á la residencia del cardenal. Ruffo reconoció á Salvato y le dijo :

— Celebro volver á veros, general.

— Gracias, pero siento en el alma traer á Vuestra Eminencia una negativa.

Y le entregó su carta con la nota que al pie de ella había puesto Mejean.

Leyóla el cardenal y se encogió de hombros, añadiendo :

— ¡ Miserable !

— ¿ Vuestra Eminencia le conoce ? preguntó Salvato.

— Me ofreció la entrega del fuerte de San Telmo por quinientos mil francos y me negué.

— ¡Quinientos mil francos! dijo Savato, es la suma que pide siempre.

— ¿También á vos?

— Sí, por igual suma se nos ofreció para pelear contra vos.

— ¿Y?...

— Y le rechazamos.

— Dejemos á esos tunantes y volvamos á vuestros amigos, que lo son también míos y os lo probaré.

— Me basta vuestra palabra.

— No, sentaos y pesad lo que os digo. Por ser fiel á mi palabra he faltado no á los intereses, sino á las órdenes del rey.

Y sacó de su bolsillo una llave, añadiendo :

— No he sido yo quien os ha enseñado los documentos que vais á ver, llegaron á vuestro conocimiento no sé de qué manera.

Y el cardenal enseñó á Salvato la carta que escribió sir Hamilton.

— Leed primero ese documento escrito de puño y letra del embajador inglés.

— ¡Oh! exclamó Salvato al acabar de leer, reconozco en esto la fe púnica. Contemos ahora nuestros cañones, y si somos más fuertes, no más tratados. ¿Y qué más?

— Que no queriendo ventilar tan importantes negocios con unos simples capitanes de navío, fui á bordo del *Foudroyant*, y al cabo de una hora de discusión con sir Hamilton y Nelsón, me negué rotundamente á faltar á mi deber según consta en esta carta escrita por el mismo Nelsón.

Y entregó á Salvato el documento que empieza :
« El gran almirante Nelsón. »

— Tenía razón Vuestra Eminencia, dijo Salvato devolviéndole aquellos documentos históricos de la mayor importancia.

— Ahora bien, ¿qué hubieseis hecho después en mi lugar? Como hombre honrado, participarme lo que pasaba. Y aquí está la carta que escribí á mis enemigos, dándoles con lealtad un buen consejo.

— Vuestro proceder es tan digno como el de Nelsón...

— Inexplicable, interrumpió Ruffo.

— No iba á servirme de la palabra *inexplicable*, repuso Salvato sonriendo.

— Si me he servido de ese término es porque lo que es *inexplicable* para vos, que no conocéis al almirante, tiene su explicación para mí y voy á deciros la verdad acerca de Nelsón.

— Os escucho.

Nelsón no es más que un marino que no...

la sociedad, ni ha saludado un rey, ni entrado en un palacio. Esposo de *mistress Nisbeth* vió que le debería besar la reina la mano, y la embajadora los labios, y como no eran dos mujeres sino dos sirenas se convirtió en esclavo de la una y servidor de la otra. Las nociones del bien y del mal se confundieron en su pobre cerebro : los intereses de los pueblos desaparecieron ante los derechos ficticios ó reales de los soberanos y llegó á ser un apóstol del despotismo. ¡ Si le hubieseis visto ayer durante la conferencia en que estaba representado el trono por esa impura lesbiana ! Sus ojos no se separaron de los de ella : el odio y la venganza hablaban por los labios mudos de aquella embajadora de la muerte. Francamente tuve lástima del almirante, que ponía su frente bajo los pies de una mujer. Por lo demás todos los grandes hombres, y Nelsón lo es como marinero, tienen esas debilidades.

— Lo cual no quita, respondió Salvato, que sea vuestro enemigo mortal. ¿ Qué piensa hacer Vuestra Eminencia para neutralizar esa fuerza brutal inaccesible á la razón ?

— Vais á verlo.

Y cogiendo una pluma escribió :

« Si milord no quiere reconocer el tratado fir-

mado por el cardenal Ruffo, con los comandantes de los castillos de Nápoles y en el que intervino un oficial inglés en nombre del rey de la Gran Bretaña, echará sobre sí toda la responsabilidad de una ruptura. Por consiguiente, para evitar tan duro trance, el cardenal Fabricio Ruffo previene á lord Nelsón que volverá á colocar al enemigo en el estado en que se encontraba antes de firmarse el tratado, es decir, que retirará sus tropas de sus posiciones ocupadas después de la capitulación y se atrincherará en un campamento con todo su ejército, dejando á los ingleses pelear y vencer al enemigo con sus propias fuerzas. »

Y firmó, pasando en seguida el papel á Salvato para que lo leyese, y estudiando en el semblante del joven el efecto que le producía su lectura. Cuando concluyó, le dijo :

— ¿ Y bien ?

— No hubiera obrado mejor el cardenal Richelieu, respondió Salvato devolviéndole el papel.

— Que venga Michoroux, dijo Ruffo á un lacayo.

— Micheroux, dijo viéndole entrar. Nelsón me ha enviado su ultimátum ; he aquí el mío : Volved al *Foudroyant* y espero que será la última vez.

Micheroux leyó el despacho abierto, saludó y salió.

— Subid conmigo á la azotea, general, dijo Ruffo; se disfruta una vista magnífica.

Salvato comprendió la intención del cardenal: una vez en la azotea, descubrió la escuadra inglesa, con sus ondeantes pabellones, y sus artilleros que se paseaban con mecha encendida al pie de los cañones. En medio de los buques ingleses descollaba, como un gigante, el *Foudroyant* con sus 90 bocas de fuego, ostentando la bandera almirante. Vió también á Micheroux llegar á bordo del *Foudroyant*, que estaba próximo al Castillo Nuevo, pronto á abrir el fuego si se rompían las hostilidades.

— General, le dijo Ruffo, decid á vuestros compañeros *lo que habéis visto* y procurad que sigan mi consejo.

Salvato saludó al cardenal estrechándole con respeto la mano; mas al salir le dijo:

— Se me olvidaba dar cuenta á Vuestra Eminencia de un negocio importante que me recomendó.

— ¿Cuál?

— El almirante Caracciolo ha desaparecido con disfraz de campesino, diciendo que iba á buscar seguro asilo en casa de uno de sus servidores.

— Así sea, repuso el cardenal, pues si cae en manos de sus enemigos, caerá su cabeza porque

así lo han jurado: conquese si tenéis medio de comunicar con él...

— No tengo ninguno.

— Entonces, protéjale Dios.

Y salió Salvato escoltado por de Cesare á reunirse con sus compañeros, que le aguardaban con mucha impaciencia.

El ultimátum de Ruffo ponía á Nelsón en grande apuro. Contaba apenas con tropas de desembarco. Leído el ultimátum, contestó que lo pensaría y despidió al caballero Micheroux sin decir nada de positivo, y mandó llamar á sir William y á lady Hamilton, quienes vinieron al punto y se hicieron cargo del documento. Marido y mujer opinaron como el almirante, que la situación era grave, y el herido y el amante, se volvieron hacia lady Hamilton, depositaria de la voluntad suprema de la reina; después que Nelsón dió su ultimátum, y el cardenal también, era forzoso conocer la última resolución de la amiga de la reina.

Emma Lyonna comprendió aquella muda pregunta.

— Romper el tratado firmado, respondió, y reducir á los rebeldes por fuerza si no se rinden.

— Estoy pronto á obedecer, dijo Nelsón; pero abandonado á mis propias fuerzas, y á pesar de mi

ciega adhesión, no puedo responder de que se logre lo que la reina se propone.

— ¡Milord! ¡milord! dijo Emma en tono de reconvencción.

— Dadme un medio, repuso el almirante, y respondo de ponerlo en ejecución.

Sir William reflexionó un momento, y su rostro sombrío se iluminó poco á poco: había encontrado el medio y después de habérselo explicado á Nelsón, he aquí lo que escribió al cardenal, aunque con fecha del día siguiente:

« Á bordo del *Poudroyant*, golfo de Nápoles,
» 26 de Junio de 1799.

» Eminentísimo señor:

» Milord Nelsón me ruega os participe que está resuelto á no hacer nada que dé margen á la ruptura del armisticio que Vuestra Eminencia ha concedido á los castillos de Nápoles.

» Tengo el honor, etc.

» W. HAMILTÓN. »

Trouvridge y Ball llevaron la carta al cardenal, quien al principio se dió por muy contento; pero temiendo alguna reticencia, dijo á los oficiales si no tenían alguna explicación que darle.

— Estamos autorizados, respondió Trouvridge, á confirmar, en nombre del admirante, las palabras escritas por el embajador.

— ¿No me daréis alguna explicación escrita de lo que significa el texto de la carta, añadiendo algunas palabras que me tranquilicen, no acerca de mi suerte, sino acerca de la de los patriotas?

— Aseguramos á Vuestra Eminencia en nombre de milord Nelsón, que de ningún modo se opone al embarco de los rebeldes.

— ¿Tenéis inconveniente, dijo el receloso cardenal, en escribir lo que decís de viva voz?

Y sin hacerse de rogar, Ball escribió:

» *Los capitanes Trouvridge y Ball...
tienen autorización, en nombre de...
milord Nelsón, para declarar á...
Su Eminencia, que milord no...
se opondrá al embarco de los rebeldes y de
las personas que componen la...
guarnición de los Castillos Nuevo y del...
Huevo.*

Como nada había ó parecía más claro que esta nota, el cardenal les rogó firmasen; pero Trouvridge se resistió.

— Estamos autorizados á tratar asuntos militares, pero no diplomáticos. ¿Pero qué importan nuestras firmas puesto que la nota está escrita de nuestra mano?

Ruffo no insistió más, creyendo haber tomado todas sus precauciones. Por consiguiente, confiado en la carta escrita por el embajador y en la nota de los capitanes Trouvridge y Ball, y queriendo sin embargo librarse de toda responsabilidad, encargó á Micheroux que condujese á los dos capitanes á los castillos, y pusiese en conocimiento de sus comandantes la carta y nota citadas, y si las dos seguridades eran suficientes, se pusiesen acordes para dar cumplimiento á los artículos de la capitulación.

Dos horas después volvió Micheroux diciendo al cardenal que todo quedaba arreglado satisfactoriamente.

CAPÍTULO VII

La fe púnica

Satisfecho con tan feliz resultado, el cardenal cantó un solemne *Te-Deum* en la iglesia del Carmen el 27 de Junio por la mañana. Antes de ir á la iglesia, escribió felicitando á Nelsón y á sir Hamilton por haber devuelto la tranquilidad á la ciudad, y sobre todo por la conciencia con que había ratificado el tratado.

Hamilton respondió en lengua francesa la siguiente carta:

Á bordo del *Foudroyant*, 27 de Junio de 1790.

» Eminentísimo señor :

» Con el mayor placer he recibido la carta que me habéis escrito. Todos nos encontramos igualmente atormentados en el servicio del rey y de la buena causa.